JORGE JUAN, POLÍTICO

José Luis Gómez Urdáñez
Universidad de La Rioja

Como tantos otros plebeyos encumbrados que se vieron envueltos en cualquier forma de oposición a los grandes a lo largo del siglo XVIII, Jorge Juan fue un perdedor. Perdió el 20 de julio de 1754 y volvió a perder después del 19 de abril de 1766. La primera derrota fue ruidosa y provocó en él un fuerte efecto: tembló cuando conoció en Cartagena la noticia de la caída y destierro de Ensenada y de otros cabecillas del partido ensenadista, del que él era, sin duda, un destacado miembro[1]. Un pasquín –bien poco popular– que corrió esos días decía: «Ulloa y Juan no esperen, pues venció el bando contrario». Doce años después, los efectos fueron más sibilinos, como correspondía a la peligrosa situación creada tras el motín contra Esquilache y la sinuosa «fermentación», a la que siguió la búsqueda y castigo de los responsables, entre ellos, los primeros, Ensenada, Gándara y el marqués de Valdeflores, tres viejos conocidos y amigos de Jorge Juan, el último, miembro de la Asamblea Amistosa y Literaria que el sabio fundó en Cádiz en 1755. El ensenadismo fue definitivamente castigado, aunque frente a lo que se ha creído, el marqués siguió al tanto de la política desde Medina del Campo gracias a algunos grandes amigos como Grimaldi y Ventura Figueroa, a pesar de que siempre repitió que estaba al margen de todo[2].

---

1. González Caizán, C., *La red política del marqués de la Ensenada*, Madrid, 2004; Gómez Urdáñez, J. L., *El proyecto reformista de Ensenada*, Lleida, 1996.
2. Aunque Campomanes pasó la «cinta borradora» por cuantos documentos le pareció mejor hacer desaparecer, quedan rastros de la relación epistolar entre Ensenada y Ventura Figueroa y sabemos que Grimaldi pasó por Medina del Campo para despedirse de su gran amigo el marqués antes de dejar España en 1777. Cfr. la correspondencia de Ventura Figueroa, que Campomanes mandó recoger a su muerte, en AHN, Estado, leg. 6437. Véase sobre sus días en Medina del Campo, Fernández Arrillaga, I., *Memoria de un exilio. Diario de la expulsión de los jesuitas de los dominios del Rey de España (1767-1768), Manuel*

La nómina de perdedores del siglo ilustrado, que comienza con Macanaz, preso en La Coruña, y podría acabar con el pobre Moñino, castigado en la ciudadela de Pamplona, se nutre de personajes como Jorge Juan y Santacilia y su amigo, jefe y protector, Zenón de Somodevilla y Bengoechea, hecho marqués de la Ensenada por sus servicios a Carlos III en Nápoles, pero hijo de una humilde familia de hidalgos pobres de origen vascongado, nacido y bautizado en Hervías (La Rioja) y rebautizado en el cercano Alesanco para que se le reconocieran los derechos de hidalguía y no figurara en el padrón de pecheros, pues eran éstos derechos *pilongos*, es decir, que se transmitían en la pila de bautismo del pueblo en el que a su padre se le había reconocido su hidalguía «universal» vascongada[3]. La estrategia familiar para evitar que pudiera perder privilegios fue parecida en el caso de Jorge Juan, como han demostrado Rosario Die y Armando Alberola al descubrir al fin la causa del bautizo del célebre noveldense en Monforte[4]. También es parecida su formación, más relacionada con la práctica que con la academia. Como Jorge Juan, Ensenada no pisó nunca una universidad, a pesar de que hay quien hace al ministro profesor de Matemáticas, como Coxe[5]. Como él dijo: «me he criado en la Marina, mi mundo es la Marina». Su experiencia en todos los grados hasta llegar a contador mayor e intendente le condujo al éxito del desembarco en Nápoles, donde el infante Carlos, coronado rey, le nombró marqués y le abrió las puertas de la Corte, «donde están los poderosos del reino y el dinero de todo él», como decía un célebre arbitrista del siglo anterior. Al poco, Ensenada estaba besándole los pies a Isabel Farnesio, presto a desempeñar el siguiente servicio a la reina que iba a ser, antes de llegar a ministro, colocar al infante Felipe en Parma. Otro logro de la «casamentera de Europa».

Jorge Juan se formó en la Academia de Guardias Marinas, pero si fue reconocido como gran matemático por la Academia de París se debió a lo que aprendió con Louis Godin y los demás matemáticos y sabios que se

---

Luengo. Estudio introductorio y notas. Alicante, 2002. También el portal en Biblioteca Virtual Cervantes: http://www.cervantesvirtual.com/bib/bib_autor/luengo/

3. Abad León, F., *El marqués de la Ensenada*, Madrid, 1985, p. 26 y ss.; Gómez Urdáñez, J. L., *El proyecto*…, p. 59 y ss.; Fernández de Navarrete, M., *Noticia biográfica del marqués de la Ensenada por*…, Madrid, 1831. Una semblanza de mano de quien lo conoció bien, el padre Luengo, en Fernández Arrillaga, I., *Memoria de...,* también en la edición digital citada de la Biblioteca Virtual Cervantes.
4. Una estrategia similar a la utilizada por la familia de Jorge Juan al llevarle a bautizar a Monforte, como han demostrado Rosario Die y Armando Alberola. Véase su contribución en este mismo trabajo.
5. Coxe, W., *España bajo el reinado de la Casa de Borbón (1700-1788)*, edic. a cargo de E. Martínez Ruiz, Universidad de Alicante, 2011.

conjuntaron en la expedición al Ecuador entre 1735 y 1744[6]. Las fatigosas mediciones y los cálculos que darían lugar a las *Observaciones Astronómicas* fueron la gran escuela del marino en un tiempo en que se reverenciaba el saber, que no estaba precisamente en los claustros universitarios. El valor de las novedades aportadas por Jorge Juan pronto fue difundido desde la Academia de París, así que regresó a España con la aureola de sabio de la que no se desprendería. Luego llegaría Louis Godin, al que Ensenada llamó a Cádiz por indicación de Jorge Juan para la empresa del mapa de España; cuando el sabio pasó por Madrid, el ministro le aumentó el salario prometido y ordenó pagar las deudas que había dejado en Lima, en cuya universidad fue profesor[7]. Jorge Juan mantuvo con él una gran relación científica y personal, pues Godin fue miembro de la Asamblea Amistosa Literaria tras hacerse cargo de la dirección de la Academia de Guardias Marinas.

Jorge Juan y el otro sabio de la expedición, Antonio de Ulloa, conocieron a Ensenada tras el fin del largo viaje gracias al teniente general Pizarro, muy amigo del marqués desde que ambos coincidieron en Italia en 1734. Pizarro ya había tenido noticias de algunas hazañas ruidosas de la pareja de tenientes de navío, pues Ulloa se había malquistado en Chile con José Antonio Manso de Velasco, que luego sería Virrey del Perú y conde de Superunda, riojano y gran amigo de Ensenada –también se conocieron en Italia–, y que mandó a Pizarro formarle un consejo de guerra a Ulloa cuando llegara a España. Las cosas, entre amigos, no fueron a mayores, el proceso se sobreseyó y del despacho de Ensenada los dos marinos salieron hechos capitanes de fragata y captados para futuras empresas.

La primera de esas empresas sería el viaje de Jorge Juan a Londres para paliar el escaso provecho que el embajador Ricardo Wall obtenía de sus relaciones con el almirantazgo y los ministros británicos, a los que no lograba sonsacar nada, ni bebiendo con ellos (como confesó, bebía poco y mal el «irlandés»)[8]. Pero antes, hay otro asunto en la vida del científico Jorge Juan que pasó de las matemáticas a la política, lo que no era nada extraño en un país en que un ignaro como Torres Villarroel había llegado a ser catedrático

6. Una visión de conjunto en Alberola Romá, A. y Más Galvañ, C., *Jorge Juan Santacilia*, número monográfico de *Canelobre*, 51 (2006). De gran interés, Alberola Romá, A. y Die Maculet, R., (Eds.), *Breve noticia del Excelentísimo Señor don Jorge Juan y Santacilia, por Miguel Sanz*, Universidad de Alicante, 2013.
7. Guillén Tato, J.F., *Los tenientes de Navío Jorge Juan y Santacilia y Antonio de Ulloa y de la Torre-Guiral y la medición del Meridiano. Madrid, 1973,* pp. 242-243.
8. «Me falta genio y salud para usar con ventaja de los medios que podrían serme conducentes y son el beber con ellos, como me ha sucedido en dos ocasiones, que me han cogido, y aunque no me han precisado, conozco que aún lo poco me hace mal». Wall a Ensenada, 23 de abril de 1749, en Gómez Urdáñez, J. L., *El proyecto reformista*…, p. 237.

de Matemáticas en la Universidad de Salamanca. Se trata del revuelo que se creó cuando Jorge Juan intentó publicar las *Observaciones Astronómicas* en España. Ensenada, dispuesto a protegerle, encargó al padre jesuita Burriel que corrigiera el estilo literario de la obra, sin embargo, a pesar de la protección real y de la mediación de Burriel y Mayans con el inquisidor Pérez Prado, la censura inquisitorial rechazó lo que en definitiva había sido el principio que motivó la expedición y los cálculos matemáticos: el rotundo triunfo de Newton. Burriel, «discreto copernicano», como lo califican Die y Alberola, decía que no había encontrado nada censurable, pero la Inquisición pedía al autor que rechazara lo que no era admitido sino como teoría. En éstas, terció el pintoresco catedrático de Salamanca, al que el padre Isla comparó con «un bello lienzo bien imprimado que no tiene entera pintura, sino tal cual chafarrinón de todas tintas» y quiso nada menos que añadir a la obra unas «Prevenciones que le parecen precisas a don Diego de Torres Villarroel antes de entrar a la narración de las observaciones con que se intenta persuadir que es elipsoide la figura de la tierra y dificultades que se le ofrecen para no consentir en negarle su demostrada redondez». Como ha apreciado Jacques Soubeyroux, esta respuesta revelaba «el espantoso retraso» de Torres, al que Burriel acabaría llamando «el más necio que vi en mi vida», y provocaría el enfado de Jorge Juan, que llegó a pensar en publicar el libro fuera de España antes de someterse al *diktat* de la ignorancia[9].

El libro se publicó en 1748 y, obviamente, un ejemplar pasó a la biblioteca del marqués[10], pero el asunto dejó un poso de amargura en el padre Burriel, que no acertaba a entender por qué Jorge Juan no le mostró ningún agradecimiento «después de lo que yo hice por él, por sus conveniencias, por su obra y por su fama»[11]. Quizás el sabio estaba harto de que además del prólogo que quería enjaretarle Torres –del que pudo salvar a su obra–, Burriel le hubiera endilgado un *Discurso* a modo de introducción que a Jorge Juan no le gustó nada. Sea cual fuere la razón, lo cierto es que apareció aquí el mal genio del sabio, que tantas veces demostraría después, y que suele ser un rasgo de las personas superdotadas, junto con el de la capacidad para la abstracción, la ordenación de la vida, la frugalidad y el aislamiento, condiciones que Burriel apreció en el noveldense y que no se privó de hacer explícitas Miguel Sanz, a

9. Souberyroux, J., «Torres Villarroel entre Salamanca y Madrid: acerca de las Relaciones de don Diego de Torres con la corte», Delgado Barrado, J. M. y Gómez Urdáñez, J. L. (coords.), *Ministros de Fernando VI*, Universidad de Córdoba, 2002, p. 203 y ss.

10. Ensenada tenía nada menos que «dos juegos» de las obras de Jorge Juan. Gómez Urdáñez, J. L., *El proyecto reformista…*,p. 281-282.

11. Burriel a Mayans, 10 de diciembre de 1748, citado por Alberola Romá, A. y Die Maculet, R., *Breve noticia*…, p. 47.

pesar de su prudencia[12]. No sabemos cuál fue la reacción contra el catedrático, poeta y astrólogo, entre otros mil oficios –también torero en su juventud–, pero sí es conocido que después de jubilarse en 1752, Torres Villarroel vivió toda su vida en el palacio de Monterrey de Salamanca, al servicio de la casa de Alba. Antes había sido «amigo» de Ensenada, en cuya casa decía haber estado «más de cuarenta veces» y a quien dedicó el almanaque de 1745; pero el de 1766, que hacía alusión a «raras revoluciones» que iban a suceder –«un ministro es depuesto de su trono», etc.–, fue escrito en el entorno del duque de Alba, el gran conspirador antiensenadista, de quien a esas alturas Torres no era sino un recadero[13]. El ensenadismo y su partido opuesto –podríamos denominarlo *albismo*, como hizo ya Rafael Olaechea[14]– contaban en sus filas con dos matemáticos, bien que muy distintos, como lo eran los dos proyectos políticos en pugna desde que Ensenada llegó al ministerio en 1743.

Tras la publicación de las *Observaciones*, Jorge Juan era ya un ensenadista[15]. Su sitio era la Marina, donde los acérrimos ensenadistas José Banfi y Alonso Pérez Delgado –con quien Jorge Juan tampoco se llevó bien[16]– trabajaban en el proyecto de rearme naval; pero antes de pasar a los arsenales, al marino le estaba reservada una primera misión: espiar en los astilleros de Londres y contratar a los ingenieros navales que pudiera traer a España. Si en la aventura editorial había tropezado con el recadero del duque de Alba, en Londres iba a hacer el trabajo que no hacía otro de los *albistas*, el embajador Ricardo Wall, una «hechura» del duque de Huéscar (Alba) y de José de Carvajal, ministro de Estado desde 1747.

12. Me atrevo a pensar en un síntoma muy propio de los superdotados, cual es la alexitimia, la dificultad de exteriorizar los afectos. En un siglo en que los amigos se demuestran el cariño con expresiones exageradas, Jorge Juan es extremadamente parco. Soltero, sin amigos de verdad, solitario, quizás la cruel contrapartida de la genialidad. «Su dedicación al estudio era tanta que, negado (por lo común) a las demás diversiones y concurrencias…» Alberola Romá, A. y Die Maculet, R., *Breve noticia*…, p. 118.
13. Soubeyroux, J., «Torres Villarroel entre Salamanca…» p. 211.
14. Olaechea Albistur, R., «Información y acción política: el conde de Aranda», *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 7 (1987), pp. 81-130.
15. Juan contaba ya en muchos planes de Ensenada. Véase Mas Galvañ, C., «Los proyectos cartográficos: el mapa de España», *Canelobre*, 51 (2006), pp. 215-238.
16. En el seno del ensenadismo había también fuertes discordancias. A Alonso Pérez Delgado no le gustaba el sistema de construcción naval de Jorge Juan y escribió al empresario Juan Fernández de Isla para ganárselo, anunciándole la visita que Jorge Juan pensaba realizar al Real Astillero de Guarnizo por mayo de 1754, previniéndole de su genio. Pero el cántabro, ensenadista declarado, no veía ningún inconveniente en la visita y alegaba que: «Yo no sé por qué me conjura Vm. tanto sobre que proceda de acuerdo con este caballero, y que no forme sentimiento de su venida, cuando la celebro, lo que no puedo ponderar». Con Ulloa, la causa del distanciamiento de Pérez Delgado eran sencillamente celos. González Caizán, C., *La red política*...

El duque de Huéscar conoció a Wall, «El Dragón», en sus breves visitas al ejército del infante Felipe, que se batía en Italia en 1746, y fue quien lo aupó: «mira que en el ejército tienes una cosa muy buena que es Wall»[17], le dijo a Carvajal, que nombró al «irlandés» –nacido en Nantes– embajador sin conocerle, solo porque sabía inglés. El nombramiento disgustó al gobierno británico, que le creyó jacobita como su padre, emigrado a España para servir a Felipe V, pero al final se entendió muy bien con varios ministros, incluso con el embajador inglés en Madrid, Benjamin Keene, que se sumaría a la conjura contra Ensenada tras ganarse la confianza de los que pasarían ya a ser considerados anglófilos, empezando por Carvajal. «Si bien es ésta una justicia que debe a V.E. –le decía Wall a Carvajal–, no puede negarse que contribuye a ello mucho la manera en que escribe Mr. Keene pues todas sus cartas son tan parciales hacia nosotros que cuasi se podría creer que V.E. le ha encantado»[18]. Ensenada, sin embargo, no estaba tan contento con Wall, pues desde el comienzo, este embajador no cumplía las órdenes que le daba, ni mostraba interés por sus instrucciones políticas; antes al contrario, era obvio que seguía las directrices pacifistas de Carvajal, que a Ensenada le parecían *entreguistas*. Por eso, Ensenada tuvo que enviar a Jorge Juan.

Nada más llegar a Londres, la capacidad de trabajo del espía superó con creces las expectativas del marqués. De Londres no sólo le llegaban noticias de tipo técnico, o instrumentos y libros de ciencia, sino informes sobre asuntos cruciales de la política inglesa, desde la *revolución* en la fabricación de paños que observó en las fábricas de las afueras de la ciudad, hasta la salida de colonos con destino a las Malvinas. Jorge Juan entendía perfectamente el proyecto de Ensenada, para cuyo éxito pedía el mayor sigilo –«sin que lo sienta la tierra», «en secreto y sin hacer ruido»–, pero no era fácil dejar de *hacer ruido* en la ría de Londres –lo que le cuesta algún resfriado, decía con sorna el *caballero* Wall[19]–, pues tras contratar a varios constructores, que ya estaban en España, intentó traer a sus familias. Era demasiado. Juan fue descubierto y tuvo que esconderse para salir de Londres y pasar el canal, pero su misión había sido un gran éxito. El gran proyecto de rearme ensenadista se reforzó con la presencia de los ingenieros británicos y de tantos otros maestros de otras artes que llegaron a los arsenales, mientras las levas de

17. Huéscar a Carvajal, 14 de mayo de 1747, en Ozanam, D., *La diplomacia de Fernando VI. Correspondencia reservada entre don José de Carvajal y el Duque de Huéscar, 1746-1749, Madrid, 1975*, p. 193.
18. Wall a Carvajal, 20 de enero de 1752, en Gómez Urdáñez, J. L., *El proyecto reformista*…, p. 89.
19. Wall a Ensenada, 18 de diciembre de 1749, en *ibid*., p. 241.

vagos y el gran encierro de gitanos decretado por Ensenada en 1749 permitían mantener la numerosa mano de obra necesaria a coste bajo[20].

Pero frente al ensenadismo se iba conformando el partido de la oposición. Había en él un líder, José de Carvajal y Lancáster, de la más acrisolada nobleza y a diferencia de lo que solían ser los aristócratas, humanista, jurista y colegial universitario. Y encima, trabajador y sin vicios. Su proyecto, que desarrolló en dos libros –*Testamento político* y *Mis pensamientos*–, era opuesto al del marqués, pues se basaba en el mantenimiento de la paz y la neutralidad a ultranza, un recuerdo del erasmismo. El lema que mejor le define es un alegato opositor salido de su pluma: «hácese bulla de hacer navíos e introducir comercios (sin conocimiento) y yo persuado lo contrario: que se esté el ejército a ver si nos dan la posesión, que nada se reforme, sí sólo no recluten por el ahorro, y que hagamos que no podemos y que es preciso sujetarnos»[21]. Era justo lo contrario a lo que quería Ensenada, que confesándose con su amigo el cardenal Valenti Gonzaga le decía: «busco dinero y fuerzas de mar y tierra y no teologías». Y aún añadía: «porque el fundamento de todo es el dinero»[22].

Los dos ministros tenían proyectos muy distintos, en especial, en el planteamiento general de la política americana y las relaciones con Francia e Inglaterra, que –en esto estaban de acuerdo– eran e iban a seguir siendo la causa de las guerras anteriores a Aquisgrán y del próximo conflicto que, como ambos presentían, estallaría en pocos años[23]. Ensenada, pragmático,

---

20. La página más negra del marqués es su intento de genocidio, pues intentó «extinguir tan malvada raza». Gómez Urdáñez, J.L., «La Real Casa de Misericordia de Zaragoza, cárcel de gitanas (1752-1763)», en Sobaler Seco, Mª Á. y García Fernández, M. (coord.), *Estudios en Homenaje al profesor Teófanes Egido*, Valladolid, vol. 1, pp. 329-343.
21. Ozanam, D., *La diplomacia de Fernando VI…,* p. 357. Ante los ataques de los ingleses contra barcos españoles cuando ya se había firmado el tratado de Aquisgrán, Carvajal se desesperó y escribió «Reniego de Marina que tan malamente nos ha servido en una guerra de mar, habiendo consumido millones sin término y perdido vasos por insensible transpiración». Era de esperar que al tozudo humanista no le gustara el proyecto de rearme naval de Ensenada.
22. Ensenada a Valenti, 6 de octubre y s.f., pero de 2 de junio, de 1750. Gómez Urdáñez, J. L., *El proyecto reformista…* p. 199.
23. Gómez Urdáñez, J. L., «Carvajal-Ensenada, un binomio político», en Gómez Urdáñez, J. L. y Delgado Barrado, J. M., *Ministros de Fernando VI*, Universidad de Córdoba, 2002, pp. 65 y ss. Sobre la estrategia militar en la defensa de América, Gómez Urdáñez, J. L., «La estrategia político-militar española entre la paz de Aquisgrán y la caída de La Habana», en *Od Lepanto do Bailen*, Lublin, 2010., pp. 69 y ss. El mantenimiento de la estrategia por sus sucesores comenzó por el propio Arriaga, al que recientemente empezamos a ningunear menos gracias al trabajo de María Baudot. Véase su tesis doctoral defendida en la UNED, Madrid, en 2011, dirigida por Carlos Martínez Shaw, digitalizada en http://e-spacio.uned.es:8080/fedora/get/tesisuned:GeoHis-Mbaudot/Documento.pdf.

desconfiaba de alianzas, diplomacia y mesas de negociación mientras España estuviera en situación de debilidad; quería una «España fuerte y respetada» –lo repitió en sus célebres representaciones al rey–, capaz de hacer frente en ocho años a Inglaterra para poder vencerla en el mar y luego, con la alianza de Francia –que ya no podría volver a traicionar a esa España «fuerte y respetada»– obligarla a cambiar su política de agresión, manifiesta en Gibraltar, Menorca y los asentamientos en el Caribe, especialmente en Honduras, que es lo que más le preocupaba, pues sabía que la política inglesa tenía un objetivo final: ir colocando bases bien defendidas y fortificadas en torno al «seno mejicano» a la espera del día propicio en que arrebatarían a España las fuentes del oro y la plata, entregadas al rey Católico por una bula papal, según decían con desprecio los ingleses. En este planteamiento de «paz a la espera», la Marina era esencial y, por ello, figuras de la inteligencia y los conocimientos de Jorge Juan iban a resultar imprescindibles.

Pero el pacifista Carvajal era un líder incapaz de pasar a la acción para imponer sus planes, siempre temeroso del «amo» y asombrado ante los éxitos del marqués, aunque tuviera que soportar sus «machiaveladas», como llamaba a la política de sobornos, secretismo y espionaje que empleaba «la farándula de don Zenón». Era rígido en negar –se le conocía como *El tío no hay tal*– y no podía soportar a Ensenada –«te aseguro que me desespera lo que hace», le decía a Huéscar el 22 de julio de 1748[24]– y tampoco a los franceses, sobre los que había escrito barbaridades: «tienen para nosotros una enemistad irreconciliable que nos asesinarán hasta el último exterminio siempre que puedan» (1745); y aún después de años de ministro: «todo lo demás (de Francia) es repugnante, empezando por el carácter de los individuos» (1753)[25]. De Ensenada, por el contrario, se sabía que conocía la corte de Versalles al detalle; no en vano tenía correspondencia con varias damas, incluida la Pompadour[26]. Precisamente por eso, sabía lo que había que hacer con los franceses para ser respetados y mantener su alianza, que era fundamental para impedir que América cayera en manos de los ingleses:

También su reciente libro sobre el marino antes de ser ministro: Baudot Monroy, M., *La defensa del Imperio. Julián de Arriaga en la Armada (1700-1754)*. Madrid, 2013. Véase su trabajo en esta obra, sobre Arriaga y Jorge Juan.

24. Gómez Urdáñez, J. L., «Carvajal-Ensenada…»
25. Carvajal y Lancáster, J., *Testamento…,* 1745, y *Mis pensamientos*...., 1754, manuscritos, BN, *mss.,* 10.687. En ocho años no había cambiado. Era así el *Tío no hay tal*.
26. Pavía Dopazo, N., «Cortesanas, redes clientelares y espionaje: Los casos de la duquesa de Berwick y Liria y de la marquesa de Salas», en Martínez Millán, J., Camarero, C. y Luzzi, M., *La corte de los Borbones, crisis del modelo cortesano*, Madrid, 2013, pp. 1.225-1.258.

más barcos y más cañones, y menos cantos a la paz, como hacía el bueno de Carvajal.

En el fondo, el ministro de Estado sabía que esto era así, pero tenía que tratar casi a diario con el embajador inglés Benjamin Keene, despachar la correspondencia con Wall, recibir las quejas de los ingleses, siempre afectando ser víctimas de las agresiones españolas; pero también mediar con los enemigos del marqués, cada vez más numerosos y dispuestos a actuar contra el que ya llamaban Gran Mogol. Como el ministro no quería provocar ninguna alteración a sabiendas de los enormes riesgos que podían derivarse –«la tempestad va a romper», repetía–, tanto en las relaciones con Francia e Inglaterra como en la situación de Ensenada y la pareja real, impuso con su conocida tozudez su estrategia de callar y esperar, aunque eso le costara sufrir grandes disgustos. Por eso, su muerte el 8 de abril de 1754 eliminó el último obstáculo para poner en marcha la conspiración contra Ensenada (lo que muchos creyeron, en España y fuera, que era también el comienzo de la guerra).

Como decía el pasquín que salió tras el arresto de Ensenada el 20 de julio, habían ganado «los tres del conjuro» –Huéscar, Wall y Valparaíso–, los que llevaban conspirando desde años atrás, en especial, el duque de Huéscar. Su breve paso por la alta diplomacia –que sirvió a los franceses para que conocieran su escasa afición al trabajo[27]– le hacía ilusionarse como el líder que la nobleza no había dado en todo el siglo. Las críticas de Campillo y tantos otros a estos nobles ociosos, que sirven a la patria *bajo la sombra del árbol genealógico*, le escoció a este primogénito de la casa de Alba, como luego al conde de Aranda, con el que acabará por compartir otros golpes de timón en la política borbónica a favor de los suyos. Pero, además de saberse criticados por leguleyos, chupatintas y demás plebeyos –y sármatas (así llamaba Aranda a los extranjeros desde que estuvo en la embajada de Polonia)– que poblaban el servicio de Su Majestad, como Patiño, Campillo, Ensenada y, luego, Esquilache o Grimaldi; con el tiempo, en la medida en que se desarrollaba el estado, se empezaron a ver a sí mismos como «víctimas» de las decisiones políticas de estos ministrillos, lo que en el caso de Huéscar fue muy evidente desde 1749. La reforma de las casas reales decretada por Ensenada[28] no le tocaba tan de cerca al duque, aunque sí a

27. Entre otros retratos que le hicieron en Versalles, valga éste: «fort ignorant et de peu de travail», Ozanam, D., *La diplomacia de Fernando VI*..., p. 10. Bouvier, R. et Soldevilla, C., *Ensenada et son temps. Le redressement de l'Espagne au xviii siècle.* París, 1941, p. 61.

28. Gómez-Centurión Jiménez, C. M., «La reforma de las casas reales del Marqués de la Ensenada», *Cuadernos de Historia Moderna*, 20 (1998), pp. 59-83.

muchos amigos suyos, que juraron desde entonces la enemiga al ministro de las cuatro secretarías; pero sí le afectaba directamente la reforma de las guardias reales a causa del futuro militar de su hijo y de su propio papel cuando llegara a ser jefe de las guardias de corps[29]. Eso podía haberse olvidado, pues al fin su hijo mandó un regimiento; pero más recientemente estaba el catastro –«remedio del necesitado, polilla del hacendado»–, el instrumento anti-feudal que podía cambiar seriamente el sistema de exenciones fiscales de nobles y eclesiásticos y, sobre todo, el concordato, el tratado negociado por los ensenadistas Ventura Figueroa y el abate Gándara, ocultándoselo al mismísimo Carvajal, el ministro competente en el asunto. Este último golpe era decisivo, pues ponía en cuestión las iglesias de patronato y la percepción de diezmos por la casa de Alba en muchos de sus señoríos, repartidos por toda España. Ensenada, el hidalguillo medrado, el *En sí nada*, el gran Mogol, era ya el objetivo a batir.

Ensenada barruntaba lo que iba a ocurrir. En realidad, tras las grandes reformas de 1749 –las casas reales, las guardias españolas, el Catastro, los arsenales y el sistema de construcción mal llamado *a la inglesa*, de Jorge Juan–, pudo darse cuenta de lo lejos que estaba llegando. Poco antes de la caída, cuando el alocado duque de Duras, recién nombrado embajador de Luis XV en Madrid en 1752, informaba sobre lo peligrosa que se tornaba la situación para Ensenada, el astuto mariscal Noailles, que conoció y apreció mucho al marqués, hizo una reflexión sobre la situación que interpretó certeramente en clave de oposición entre «despotismo de los secretarios de estado» y los «grandes relegados del gobierno efectivo»: «El orgullo de los grandes se resiente de verse subordinado y como sometido a personas cuyo nacimiento es inferior al suyo, y desearán fuertemente la vuelta del antiguo gobierno a la manera de Carlos V y Felipe II y sus sucesores»[30]. Era una idea que, obviamente, siempre acompañó al marqués, que dijo –al cardenal Valenti– «Yo, en un accidente, seré nada», y que al dejar Madrid en la noche del 20 de julio de 1754, arrestado, repitió que nunca había olvidado quién era y de qué cuna humilde provenía. Así lo recogió el embajador Duras, que puso en boca de Ensenada estas palabras cuando era arrestado: «Yo sé cuál es mi nacimiento y nunca lo he perdido de vista»[31].

---

29. Andújar Castillo, F., *El sonido del dinero, Monarquía, ejército y venalidad en la España del siglo xviii*, Madrid, 2004, especialmente el capítulo 6, «La empresa venal del marqués de la Ensenada», pp. 185 y ss.
30. Gómez Urdáñez, J. L., «El duque de Duras y el fin del ministerio Ensenada (1752-1754)», *Hispania*, 201 (1999), pp. 217-249.
31. *Ibid*. De la correspondencia del embajador, en el Archivo de Asuntos Exteriores de París, 27 de julio de 1754.

Los movimientos de los conjurados no escaparon a la red ensenadista. Ensenada estaba informado de la trama pero, precisamente por eso, sabía que el golpe decisivo podía venir de cualquiera de las muchas causas abiertas. Sabemos ya que fue la carta de Abreu desde Londres y las quejas del gobierno británico por los ataques en Honduras que traía[32], pero pudieron haber sido las cartas enviadas a Carlos III o las protestas de la embajada portuguesa por el tratado de Límites; era la escenificación perfectamente teatralizada de un «todos contra Ensenada» en la que, obviamente, se esperaba que el rey entregara su cabeza, como así fue. Desde el día 17 de julio, ese «escenario de crisis» ya era perfectamente conocido por Ensenada. No es nada sorprendente que el día 19 saliera Jorge Juan de Madrid con destino a Cartagena, seguramente intuyendo que a su jefe y amigo no le iba a ir muy bien en los próximos días. ¿O precisamente por eso, aconsejado por el marqués para que no estuviera en Madrid en medio del peligro?[33].

Jorge Juan se enteró de la noticia el día 7 de agosto en Cartagena, en compañía del intendente Francisco Barredo, otro ensenadista, crucial colaborador en el intento de genocidio contra los gitanos a los que albergó en el arsenal. Un inglés asentado allí aseguró que a ambos les dio «un pánico tembloroso después de leer las cartas sobre la caída de Ensenada». Debió de ser por la dureza del castigo, el arresto y el destierro de un toisón, calatravo y sanjuanista pues, hasta entonces, un ministro caído era sencillamente retirado de los asuntos, no castigado como un delincuente. Por eso, como ocurrió en todas las embajadas, donde se disparó la imaginación temiendo graves represalias y desde luego, la guerra[34], en Cartagena, ese informante inglés también pudo apreciar que «el duque de Huéscar y el Sr. Wall están aquí vistos de una manera muy negativa por el partido francés, sin embargo, para el otro (partido) brillan como el sol»[35].

Terminaba una época en la historia de España y en la vida de Jorge Juan. El pasquín de julio de 1754 era certero: «Jorge Juan y Ulloa nada esperen,

32. Gómez Urdáñez, J. L., *El proyecto reformista…,* p.127 y ss.
33. Alberola Romá, A. y Die Maculet, R., *Breve noticia*…
34. En París, la ineptitud de Masones de Lima al encerrarse en la embajada provocó una sensación de tragedia que disparó todas las alarmas. El embajador, en su torpeza, pensó que Ensenada pretendía deponer a Fernando VI y traer a Carlos de Nápoles. Gómez Urdáñez, J. L., *El proyecto reformista*…, p. 132 y ss. Ozanam, D., Un español en la corte de Luis XV. *Cartas confidenciales del embajador Jaime Masones de Lima, 1752-1754*, Universidad de Alicante, 2001; del mismo, «La crisis de las relaciones hispano-francesas a mediados del xviii. La embajada de Jaime Masones de Lima (1752-1761)», *Tiempos Modernos*, 5 (2006), revista digital: http://www.tiemposmodernos.org/tm3/index.php/tm/article/viewArticle/101
35. González Caizán, C., *La red política*…

pues venció el bando contrario». Sin embargo, en la esfera del ensenadismo, del «pánico tembloroso» pronto se pasó al optimismo y a la apariencia de normalidad, tal y como recomendó a todos *el jefe*, quien en su destierro, nada más llegar a Granada, mantuvo sus honores, hizo amistad con el presidente de la Chancillería y con la aristocracia de la ciudad, exhibió su proverbial alegría, tuvo incluso algún amorío con una mujer casada[36] y no le faltó de nada: le enviaban dinero y regalos desde toda España y su fiel Nicolás de Francia, otro riojano, hasta le mandó a su sobrino para lo que hiciera falta. El espía que le puso Huéscar en Granada, Nicolás Pineda de Arellano[37], se sorprendía de todo lo que veía, incluso de que uno de los ministros que le había sucedido, Valparaíso, le escribiera sin tapujos: «es expresa la amistad, pues se tratan de tú con unas expresiones raras», le decía al duque, pidiéndole que no le delatara ante Valparaíso por temor a represalias[38]. Pero, otro día fue sorprendido por una inesperada visita: el 12 de septiembre llegaba Jorge Juan. Pineda relató así el encuentro de los dos amigos:

> Señor.
> El día 12 de este mes, a las dos de la mañana, llegó a las casas del marqués de la Ensenada don Jorge Juan, capitán de Guardias Marinas y a aquella hora entró en su cuarto, donde se mantuvieron hasta las 9 del día, a cuya hora salió y volvió a las doce con un marqués oficial de Marina, y habiendo comido con su Excelencia, se fueron a las cuatro de la tarde con dos tiros que les puso para adelantar su marcha.
> Este oficial vino oculto y tanto que se quitó la venera de la orden de San Juan, pero habiéndolo yo sabido, lo publicó el marqués y dijo había tenido gran gusto de verlo porque era de los sujetos que más quería en España.
> De resultas de esta visita está alegre el marqués y tanto que se ha hecho visible a todos[39].

---

36. …que ocultó María Dolores Gómez Molleda en su conocido artículo «El marqués de la Ensenada a través de su correspondencia íntima», *Eidos*, 2, 1955, pp. 48-90, y que hemos podido conocer al leer los originales de la correspondencia de Nicolás Pinedo de Arellano con el duque de Huéscar, conservados en el Archivo de la Casa Ducal en Madrid. Son los mismos que ella vio, sin duda, pues cuenta el desenlace: que Ensenada «había dado orden de que no entrara ninguna mujer en su casa». Tal debió de ser el pánico, pues el marido estuvo a punto de pillarlos. Años después, todavía tendría un cortejo en el Puerto de Santa María. Ensenada no era como Jorge Juan, ni mucho menos.
37. Las cartas, en el Archivo de la Casa de Alba (ACA), C. 204-9.
38. Para Escudero, sin embargo, Valparaíso «había sido y era manifiestamente hostil». Arriaga y Eslava eran los ensenadistas: en éste último, según el embajador inglés, «resucitaba en él el alma de Ensenada». Escudero Lopez, J.A., «La reconstrucción de la administración central en el siglo xviii», *La época de los primeros Borbones*, Madrid, 1996, p. 141. De Valparaíso se dijo pronto que fingía su amistad con Ensenada, a pesar de que le traicionó. BN, *mss.,* 1962-1. Sobre Arriaga, Baudot Monroy, M., su tesis citada.
39. ACA, C. 204-9, Pinedo a Huéscar, 17 de septiembre de 1754.

Cuando ya llevaba unos meses en Cádiz, el «sujeto que más quería en España» escribió a Ensenada a través del fiel criado del marqués, Roselló, que le acompañó en el destierro, como el padre Isidro López (en algunos periodos): «Se han trocado los bolos y hallo que no hay cosa como estarse en su rincón», le decía Jorge Juan[40]. En efecto, el sucesor en la secretaría de Marina, Julián Arriaga, que había sido un acérrimo ensenadista, no pudo mantener lo que, gran marino como era, le entusiasmó del proyecto del marqués y de Jorge Juan. Entre su carácter apocado, su tendencia a huir del mundo y lo poco que le consideraron los muchos ministros con quienes tuvo que compartir el gobierno –y el poco dinero que le dieron–, no pudo mantener la marcha de la construcción naval y al poco del arresto de Ensenada despedía a varios ingenieros y a grandes contingentes de trabajadores. Su carácter y el de Jorge Juan chocaron, como veremos, pero el ministro aún tuvo alguna añoranza del ensenadismo: en 1759, ante el riesgo de romper la neutralidad y de entrar en guerra, le decía a Wall: «No se puede contar con tener las plazas de América con tropa reglada suficiente a su defensa: que se ha de llevar precisamente cuando haya movimiento de guerra (…), navíos, navíos, navíos, que son fortalezas volantes que van por todas partes»[41]. Resucitaba el espíritu de Ensenada, a pesar de que ni entonces ni después, volvería a ver la «bulla de hacer navíos» e incluso, en 1765, aceptaría a Gautier para acabar definitivamente con el sistema de Jorge Juan[42].

Tras instalarse en Cádiz, en «su rincón», a principios de 1755 Jorge Juan fundó la Asamblea Amistosa Literaria. La conocida «academia», que pudo ser el germen de la de Ciencias que soñó Ensenada cuando trató a Louis Godin, nos interesa aquí porque además del carácter científico de sus actividades, en ella se dieron cita conocidos ensenadistas, como Luis José Velázquez de Velasco, el marqués de Valdeflores –que será castigado con Ensenada tras el motín de 1766– y el médico José de Nájera, el que «aconsejó» el cambio de aires a Ensenada y puso su firma en la solicitud de autorización de su traslado al Puerto de Santa María enviada a Wall. La disculpa fue que al marqués no le sentaba bien el clima de Granada y, como seguramente no se atrevieron a proponer como nuevo destino Cádiz –donde el marqués tenía los mejores amigos–, propusieron el Puerto de Santa María, adonde llegó el marqués

40. Jorge Juan a Roselló, 11 de marzo de 1755. Cit. en Abad León, F., *El marqués de la Ensenada*, Madrid, 1985.
41. Arriaga a Wall, 2 de abril de 1759, cit. en Gómez Urdáñez, J. L., «Carvajal y Ensenada…», p. 90. Una opinión mucho más favorable al bailío, en la contribución de Baudot Monroy, M., en esta misma obra.
42. Alberola Romá, A. y Die Maculet, R., *Breve noticia*…

en noviembre de 1757. Wall le dio este nuevo destino, con la prohibición expresa de «pasar a Cádiz», así que en vez de ir él, vendrían a verle.

El libro de actas capitulares de El Puerto recoge la llegada del marqués, que fue recibido por una comisión enviada por el ayuntamiento, de gala, de la misma forma que sería despedido dos años después cuando Ensenada salió hacia Aranjuez a besar los pies de Carlos III, que le había perdonado[43]. Su vida en El Puerto fue si cabe más festiva que en Granada. Tuvo un picadero de caballos –su gran afición–, incluso un cortejo o chichisveo con dama casada de la nobleza –a pesar de sus 56 años–, celebró los cumpleaños de Sus Majestades por todo lo alto y, desde luego, la llegada a España de su adorado Carlos III, con corrida de toros incluida. Y por supuesto, fue frecuentado por numerosos amigos, entre ellos Jorge Juan, a pesar de que el marino tuvo que viajar con frecuencia, en 1758 y 1759, a los arsenales y a Almadén, lo que le dejaba poco tiempo para estar en Cádiz[44]. Un joven de Corella (Navarra), por cuyas cartas a su tío conocemos algunas anécdotas de la vida de Ensenada en el Puerto, escribió el 29 de enero de 1759:

> Tenemos muy a menudo en ésta al señor Regio y don Jorge Juan, que vienen a ver a Ensenada y al General (Villalba), y el primero hace cuatro días está, y cuasi todos de caza a una laguna en el camino de Jerez, que hay patos, y tiene consigo a un Dragón nuestro, gran tirador, que se llama Jaro[45].

El joven se asombraba del lujo con que vivía el marqués: «aseguro a Vuestra Merced es una admiración cada cosa, con especialidad, canapés, mesas, colgaduras, pinturas y ventanas y otras mil cosas». No sabía el mozo navarro que el general Villalba era el encargado por Wall de vigilar a Ensenada y de impedir que pasara a Cádiz, pues había ocurrido ya como con el presidente de la Chancillería de Granada, Arredondo, que también se habían hecho amigos desde el primer día: Villalba visitaba diariamente al marqués «no se sabe si con orden de la Corte, aunque con grande cariño», escribía el joven[46].

Y así llegó el día tan esperado. La aclamación de Carlos III fue celebrada en el Puerto con toros y otras manifestaciones el día 15 de septiembre de 1759. Ensenada demostraba abiertamente su alegría: se había hecho un traje nuevo «de godetur blanco, chupa de tisú de oro y una gran pluma en el sombrero blanca» y se había mostrado en su caballo «ricamente enjaezado»:

---

43. Archivo Municipal del Puerto de Santa María, Actas capitulares.
44. De donde partió, meses antes que el marqués, en diciembre de 1759, para no volver en muchos años. Guillén Salvetti, J. J., «Cronobiografía de Jorge Juan», en *Canelobre*, 51 (2006), pp. 247-257.
45. Cit. en Abad León, F., *El marqués*…
46. *Ibid*.

«está loco de gozo y hace tres días que ni para, ni duerme, ni come con el que le entren los toros y otras mil faenas que le acarrean las fiestas». El 4 de noviembre, festividad de San Carlos, Ensenada ofreció un gran banquete en compañía del inseparable General Villalba, y pocos días después, dio el paso trascendental: escribir a Esquilache pidiéndole autorización para besar los pies de sus majestades. Podía contar con el duque de Losada, mayordomo de Carlos III ya en Nápoles, su gran amigo desde aquellos años, y desde luego con el favor de la reina viuda Isabel –también con el de María Amalia–, pero, con la prudencia acostumbrada, siguió el curso oficial. Esquilache le respondió el 28 de diciembre pidiéndole paciencia: «es su Real voluntad que deje yo pasar algún tiempo y después le haga memoria»[47].

Tras enviar 21 caballos al rey y varias armas de fuego como regalo, terminaba el destierro de Ensenada, tal como publicaba La Gaceta de Madrid el 13 de mayo de 1760, un «acto de justicia», no «una gracia», según escribió la reina María Amalia a Tanucci[48]. Ensenada estaba en Madrid desde el día 6, pues en cuanto se supo que el rey le había devuelto el favor, Nicolás de Francia, el ensenadista riojano, natural de Briones, que había conservado su puesto en Hacienda donde ahora era tesorero, se apresuró a ir él mismo en persona al Puerto de Santa María para traerlo en su carroza a su casa de Madrid del paseo del Prado. Al fin, el 20 de mayo, Ensenada entraba en Aranjuez a cumplimentar al rey; todos los ministros salieron a recibirle, a la cabeza Esquilache, que le ofreció su casa; todos… menos Ricardo Wall, que se disculpó por motivos de salud. Tras ver a los reyes, cenó con Esquilache, el bailio Arriaga y Francia, que iba a ser honrado con el título de marqués de San Nicolás por el rey al año siguiente. Dos días después, hubo de nuevo cena y a ésa asistió Wall, pero ni se saludaron. Lo mismo ocurrió con el duque de Alba, que desde que entró Ensenada en Aranjuez «parecía que iba a darle un accidente, y era tanto el temblor que tenía, que no pudo llegar a abrir una carta»[49].

Ya en Madrid, adonde iban volviendo «los desterrados hijos de Eva, desnudos como nuestro padre Adán»[50], Ensenada pudo disfrutar de ver a

47. *Carlos III. Cartas a Tanucci (1759-1763). Introducción, transcripción y notas de* Maximiliano Barrio, Madrid, 1988.
48. «El alzamiento del destierro no era una gracia, sino un acto de justicia, pues por más diligencias que se practicaron contra él por quienes hubiera querido encontrarle reo, no se halló sombra de delito», 22 de abril de 1760. *Carlos III. Cartas a Tanucci…*, p. 114.
49. González Caizán, C., La red…; Gómez Urdáñez, J. L., *Fernando VI*, col. Los Borbones, Madrid, 2001.
50. Los juegos de palabras seguían: El 'En sí nada' sería desterrado a la 'Gran Nada', 'Adán' al revés es 'Nada'.

sus queridos Alonso Pérez Delgado, que se había retirado al convento de los Dominicos de Valverde «donde hizo una vida muy religiosa»; a Ordeñana, desterrado a Valladolid; a Banfi, que no había dejado Madrid después de su exoneración, pero se había oscurecido como Jorge Juan y otros leales servidores en la Marina. Todos lo celebraron en casa de Banfi el 27 de mayo, menos Mogrovejo, desterrado en un convento de Burgos, que ya había muerto[51]. A la vuelta de la corte a Madrid, Ensenada y Esquilache reanudaron la amistad y el marqués se mantendría activo como consejero y miembro de la Junta de Hacienda, logrando revitalizar las operaciones del Catastro y el proyecto de la Única Contribución. Había quien decía: «El marqués de la Ensenada sigue siendo tan ambicioso como siempre, y si la intriga y el oro le pueden hacer funcionar, será ministro de nuevo»[52]. Pero, otros no eran de esa opinión; Fernán Núñez apuntó muy alto, al Rey, la fuente del poder: Carlos III «luego que penetró el sistema del marqués, que no tardó mucho, no volvió a hablarle ni una palabra». El biógrafo de Carlos III creía que Ensenada, «falto de subalternos y del poder, que eran los medios que le hacían brillar, y reducido a sí solo, se limitó a hacer una compañía servil a su bienhechor y amigo el Duque de Losada. Se le consultó en algunos asuntos, pero como *nada era por sí*, no satisfacía como se esperaba. Así pasó sin faltar ningún día a la mesa del Rey, en que se ocupaba de hacer fiestas a sus perros»[53].

Tras el levantamiento del perdón, los ensenadistas recuperaron honores y aún lograron la gratitud regia: Pedro Salvador Muro fue hecho marqués de Someruelos; Nicolás Francia, marqués de San Nicolás, y Jorge Juan ascendió a jefe de escuadra, el 13 de julio de 1760. Todos los ensenadistas estaban «colocados» en puestos importantes, sin embargo, la nueva corte era hostil a Ensenada. Con su conocida habilidad para «afectar jocosidades» –siempre recomendó a sus amigos que estuvieran de buen humor–, dejaba correr bulos y fingía amistades. Su amigo el conde de Superunda, virrey del Perú, que al fin había obtenido el retiro hecho un setentón y se preparaba para volver, podía llegar a creer incluso que «el Sr. Marqués

51. BNE, mss., 3.790. Cit. en González Caizán, C., «El primer círculo de hechuras cenonicias», en Delgado Barrado, J. M. y Gómez Urdáñez, J. L., *Ministros de Fernando VI*…, p. 183.

52. Cit. en Rodríguez, L., *Reforma e Ilustración en la España del xviii, Pedro Rodríguez de Campomanes*, Madrid, 1975, p. 242. «Este hombre se ilusiona a sí mismo ante la perspectiva de que se le emplee de nuevo». Bristol a Pitt, 31 de agosto de 1761. Véase también Lynch, J., *El Siglo xviii,* Historia de España, dirigida por J. Lynch, t. XII*,* Barcelona, 1991, pp. 235-236.

53. Fernán Nuñez, Conde de, *Vida de Carlos III...,* p. 111. Nótese de nuevo el 'nada'.

de la Ensenada y el Sr. D. Ricardo Wall se habían reconciliado, y se mantenían a partir de un confite»[54]; mientras, otros rumores, mejor fundados obviamente, engordaban la amistad que unía a Ensenada, Esquilache y al abate Grimaldi –que iba a suceder a Wall en la secretaría de Estado en 1763–, y que demostraban conocer con más fundamento que la caída de Wall, al que acompañaría el duque de Alba, que se iba a sus tierras, era sinónimo de un triunfo más de los plebeyos –y encima extranjeros– contra los grandes. Choiseul, en carta a Grimaldi, los descubría en su derrota: «No tendremos nada que temer de esos vampiros cuando uno esté en sus tierras y el otro en Granada»[55]. Ensenada estaba tan bien situado que hasta se llegó a rumorear que iba a ser ministro, pues Wall dejaba también libre la secretaría de Guerra –que pasó a Esquilache–, lo que a la par, debió de ser un aguijonazo contra las expectativas de un nuevo personaje que entraba entonces ruidosamente en escena, el conde de Aranda, amigo de Alba, dos veces grande de España, que creía como algunos representantes de la aristocracia que había llegado la hora de ocupar el lugar que les correspondía en la dirección del Estado[56]. Obviamente, Aranda no estaba *en el lado* del marqués, el hidalguillo medrado, ni menos en el de Esquilache –es conocida la xenofobia de Aranda–, con quien había llegado incluso al insulto, usando de su conocida «patriótica franqueza» cuando el ministro italiano giró visita al ejército que mandaba el aragonés en la frontera portuguesa,

54. Juan Bautista Casabona al conde de Superunda, Cádiz, 4 de agosto de 1762. Véase Gómez Urdáñez, J. L., ««Víctimas ilustradas del Despotismo. El conde de Superunda, culpable y reo, ante el conde de Aranda», en Martínez Millán, J., Camarero, C. y Luzzi, M., *La corte de los Borbones…,* pp. 1.003-1.033.

55. El duque se iba a Piedrahita y Wall al Soto de Roma, en Granada. Ozanam, D., «Política y amistad. Choiseul y Grimaldi, correspondencia particular entre ambos ministros (1763-1770)», *Actas del Congreso Internacional sobre Carlos III y la Ilustración*, vol. I, Madrid, 1989, pp. 213-237. Palacio Atard, V., *El Tercer Pacto de Familia*, Madrid, 1945. Sobre Grimaldi, hay tesis doctoral reciente a cargo de Paulino García Diego, defendida en la UNED Madrid, en 2013, y dirigida por Carlos Martínez Shaw. Un resumen, en prensa, en la revista *Brocar*.

56. «La botella de Alba» y otros pasquines de la época dan cuenta de la inquietud de los nobles, que no encuentran un cabecilla que se atreva a dar el golpe. Véase la edición a cargo de Téllez Alarcia, D., «La botella de Alba. Sátira y poder político a mediados del siglo xviii», en *Dieciocho: Hispanic enlightenment*, 32, 1 (2009), pp.137-160. El mejor sin duda es «Convite de los grandes para un juego de pelota. Cierto magnate convoca a toda la grandeza para hacer un partido de pelota contra otro de jugadores extranjeros, que se espera en Madrid con motivo de venir de Nápoles a la sucesión de España el señor don Carlos Tercero. Año de 1759». BN, mss. 18194.

en Almeida –de dónde no pasó–, y éste le culpó de quedarse con el dinero que no llegaba a sus soldados[57].

Los cambios políticos propiciados por la entrada en la guerra de los Siete Años a consecuencia de la firma del Tercer Pacto de Familia y por su consecuencia más negativa, la *pérdida* de La Habana en julio de 1762[58], provocaron de nuevo la colaboración de Jorge Juan con Ensenada, en esta ocasión en un escenario bien alejado de la ciencia, los barcos y el espionaje, pues se trataba de que el *militar* alicantino, ya ornado con los galones de *jefe*, ocupara un puesto en el consejo de guerra que iba a juzgar a los responsables de la capitulación de La Habana, entre los que estaba el conde de Superunda, gran amigo de Ensenada[59]. Como el presidente del consejo de guerra era el conde de Aranda, de quien Esquilache no podía fiarse tras los insultos de Almeida, Ensenada intrigó para que entre los militares elegidos estuviera uno de sus amigos más leales, Jorge Juan, y seguramente al menos otro, el marqués de Cevallos. En cualquier caso, al poco de comenzar las sesiones, todo Madrid sabía que Ensenada maniobraba para salvar a su amigo Superunda, al que se acusaba de haber sido el más proclive a firmar la capitulación ante los ingleses con objeto de salvar los tesoros que traía tras muchos años desempeñando el cargo de virrey del Perú. El embajador Rosemberg le decía a Kaunitz, el 30 de mayo de 1763, «esto me hace creer que Ensenada ha encontrado medio para salvar a su amigo Superunda, que parece el más culpable, por haber aconsejado la capitulación al Gobernador Prado, a fin de salvar los caudales que él traía desde el Perú»[60].

En parte era así. Superunda volvía rico, pero no traía consigo los tesoros, pues los había ido enviando a España desde que conoció su relevo. Casi diez millones de reales calcula P. Latasa que Superunda habría enviado en los últimos diez años de estancia en Lima en distintos envíos, casi todos a Cádiz, a distintos intermediarios, algunos como los Ustáriz, o los Sáenz de Tejada, parientes de su familia de Torrecilla en Cameros (La Rioja)[61]. Pero en cuan-

57. Olaechea Albístur, R., «Contribución al estudio del Motín contra Esquilache», publicado en 1998 en el Homenaje al profesor Frutos y reeditado en *Tiempos Modernos*, edic. digital, 8 (2003); Gómez Urdáñez, J. L., «Víctimas ilustradas…»
58. Parcero Torre, C. M., *La pérdida de La Habana y las reformas borbónicas en Cuba, 1760-1773*, Ávila, 1998.
59. Era su albacea testamentario –junto con Ordeñana, el brazo derecho del marqués–, también miembro de la cofradía de Valvanera de la que siempre fue hermano mayor Ensenada, incluso en sus destierros. González Caizán, C., «La Cofradía de Nuestra Señora de Valvanera: riojanos en Madrid (17231782)», *Mágina*, 12 (2004), pp. 25-39.
60. Olaechea Albístur, R., «Contribución al estudio…», p. 17.
61. Archivo Histórico del Territorio de Álava, caja 39, varios documentos sobre envíos, con inventario. Véase Latasa Vasallo, P., «Negociar en red: familia, amistad y paisanaje. El

to a la amistad entre ambos, no había ninguna exageración. José Antonio Manso de Velasco y Zenón de Somodevilla, los dos riojanos de nacimiento, se habían conocido en las campañas de Italia. Hidalgos pobres ambos, uno salió del éxito carolino napolitano con el título de marqués y el otro, con el cargo de gobernador de Chile, que en 1745 aumentaría con el de virrey del Perú, un año antes de *vestir* el cargo con el título de conde de Superunda (*Sobre la Ola*, por su labor en El Callao arrasado por el *Tsunami* que causó el terrible terremoto de octubre de 1746). El ennoblecimiento fue concedido por Fernando VI a instancias de Ensenada, que se vio siempre recompensado con el envío regular de joyas y regalos desde Lima[62]. Superunda se había hecho tan rico como Ensenada, lo que, a su vuelta, aumentó las envidias. Los rumores hacían a Superunda presidente del Consejo de Indias, como años antes, hicieron ministro a Ordeñana, o cardenal al propio Ensenada. Pero el conde había nacido en 1688, o sea que tenía 74 años en el momento en que esperaba tranquilamente el barco en La Habana para regresar a Cádiz, cuando llegaron los ingleses y conquistaron la plaza, para su desgracia[63]. No parece que, a su edad, pudiera aspirar a otra cosa que a una vejez tranquila en sus tierras, pero en La Habana, aunque jubilado, seguía siendo virrey y por tanto tuvo que firmar la capitulación como máxima autoridad.

Pero la derrota no se había sufrido sólo en La Habana (y en Manila, que corrió la misma suerte). Las hostilidades con Inglaterra arrastraban a Portugal, que fue invadido por el ejército español. El conde de Aranda volvió de Varsovia a uña de caballo para mandar las tropas, seguro de poder ofrecer a su idolatrado Carlos III una victoria militar. Sin embargo, no pasó de Almeida

---

virrey de Superunda y sus agentes (1745-1781)», *Anuario de Estudios Americanos*, LX, 2 (2003), pp. 463-492, p. 487. A Torrecilla en Cameros y otros pueblos fueron a parar retablos y otros objetos de plata. Sanchez Trujillano, Mª T., «Los envíos de Indias. El arte colonial en La Rioja», *Anales del Museo de América*, 9, (2001), pp. 255-274.

62. Latasa Vasallo, P., «Negociar...» Más sobre la amistad de los dos riojanos, Pérez Mallaína, P. E.: «Las catástrofes naturales como instrumento de observación social: el caso del terremoto de Lima en 1746», *Anuario de Estudios Americanos*, 62, 2 (2005), pp. 47-76.

63. No era la única, pues en Lima, su sucesor y el obispo, también riojano, de Ezcaray, Berroeta, le estaban levantando un juicio de residencia brutal, en el que le acusaban de robar a manos llenas. Como fiscal del Consejo de Indias, el duque de Alba estaba al corriente de las acusaciones del obispo Berroeta contra Superunda y podía tener acceso a documentos sobre su virreinato, envíos de plata a sus intermediarios y a Ensenada, etc. Sin embargo, su dictamen fue siempre favorable al virrey por el acendrado regalismo de éste, que compartía. Archivo General de Indias, Lima, leg. 420. Consulta de 20 de febrero de 1758. Véase también Pérez Mallaína, P. E., *Retrato de una ciudad en crisis. La sociedad limeña ante el movimiento sísmico de 1746*, Lima, 2001; Moreno Cebrián, A., *Conde de Superunda. Relación de Gobierno. Perú (1745-1761),* Madrid, 1983.

y su actuación no fue muy decorosa, pues dejó a las tropas empantanadas en las trincheras, con cientos de soldados enfermos y hambrientos, para volver a Madrid, con no menos de 12.000 bajas a sus espaldas[64]. Paradójicamente al perdedor Aranda le esperaba en Madrid un encargo sorprendente: juzgar a los que también habían perdido, es decir, presidir la junta de militares que iba a juzgar a los que habían firmado la capitulación de La Habana.

Ni Arriaga ni el rey habían reaccionado mal ante la derrota, pues era sabido que un asalto victorioso de los ingleses podía ocurrir en cualquier puerto americano; además, el rey estaba convencido de que las tropas se habían batido valientemente e, incluso, la Academia de San Fernando convocó un premio de pintura para inmortalizar la acción del Morro donde se habían batido heroicamente dos capitanes. Contaba también a favor de *pasar página* que la paz estaba próxima y que era seguro que los ingleses devolverían la plaza. Sin embargo, Aranda, lejos de bajar el tono como parecía lo aconsejado, forzó que la Junta, reunida por primera vez el 23 de febrero de 1763, se convirtiera en Consejo de Guerra, a lo que el rey accedió por decreto de 14 de septiembre, y comenzó a «hacer ruidoso el proceso»[65], logrando que el asunto se enconara y diera lugar a todo género de rumores políticos, que molestaron hasta la saciedad a Carlos III y que, en el fondo, atinaban con la verdadera razón que había detrás: el orgulloso y soberbio conde de Aranda no había sido nombrado ministro de Guerra, cargo que creía merecer después de su victoria en Almeida y, encima, el cargo había ido a parar a la testa de su enemigo Esquilache, ahora aliado con otro ministro italiano, Grimaldi, también nombrado ministro, ambos amigos del pérfido Ensenada.

Por eso, todo encajaba cuando el conde, lejos de mostrarse magnánimo como lo aconsejaba la recién firmada paz de París y los tranquilos ánimos de Su Majestad, mandó arrestar a los reos, entre ellos el viejo conde de Superunda. Pero para entonces, en el Consejo, ya había tenido que enfrentarse a los que no estaban dispuestos a secundar su parecer, que además le habían

64. González Enciso, A., «El coste de la guerra y su gestión: las cuentas del Tesorero del Ejército en la guerra con Portugal de 1762», Guimerá, A. y Peralta, V., (Coords.), *El equilibrio de los Imperios: de Utrecht a Trafalgar*, Madrid, 2005, pp. 551-564.

65. «So capa de rigor, se camuflaba ante el pueblo el fracaso material y moral que esta guerra había sido para España». Olaechea Albístur, R. y Ferrer Benimeli, J. A., *El Conde de Aranda, Mito y realidad de un político aragonés*, Zaragoza (segunda edición corregida y aumentada), 1998, p. 47 y ss. Pero en otro estudio, Rafael Olaechea daba pruebas de las verdaderas intenciones del conde y de sus motivos personales en medio de su frustración por ver a Carlos III dominado por los italianos. «Información…» Todo el proceso de La Habana, en Archivo General de Indias, Santo Domingo, leg. 1578 a 1589; y en el Archivo Histórico del Territorio de Álava, especialmente caja 40. Hay inventario publicado: Urdiain, Mª C., *Inventario del fondo Samaniego*, Vitoria, 1984.

hecho *votar*. Nada menos que votar. Y estos eran Jorge Juan y el marqués de Cevallos, los dos ensenadistas declarados, además del fiscal Craywinkel –otro sármata– y el marqués de Vega Florida. El 15 de abril de 1763, Aranda enviaba una consulta a Arriaga, a la que éste contestaba diciendo que «la adjunta consulta no admite extracto, viniendo diversos y sucintos sus votos»; y añadía el bailío «me parecen muy aceptables los del marqués de Cevallos y don Jorge Juan», precisamente, los más opuestos al parecer de Aranda. A partir de aquí, la división del voto y la falta de propuestas por unanimidad iba a ser la clave para que se estancara el proceso, lo que exasperó al conde, que llegó al insulto personal contra el fiscal y otros miembros[66].

La enfermedad de Jorge Juan, que le obligó a permanecer en Alicante entre noviembre de 1763 y mayo de 1764, le privó de algunas escenas escabrosas, pero a su vuelta tuvo que emplearse a fondo, como todos, para que Aranda no se saliera con la suya y lograra imponer varias penas de muerte, entre ellas la que pedía para Superunda (aunque pregonaba que lo hacía para que luego el rey las conmutara y todo el mundo fuera testigo de su real benevolencia). No se daba cuenta el conde, tan terco como torpe para salir airoso de las trampas que le ponían sus enemigos, que de esta forma se estaba haciendo odioso a Carlos III, que acabaría firmando su ascenso a capitán general para mandarlo a Valencia y quitárselo de encima. Ni era la primera vez, ni sería la última que Aranda tenía que dejar la Corte para evitar males mayores.

La noticia del próximo destino se la comunicó un triunfador Esquilache, que además le ordenaba acabar cuanto antes el Consejo de Guerra, a sabiendas de que pasara lo que pasara, el rey conmutaría las penas, como él decía; pero lo que se divulgaba era que no lograba obtener la unanimidad, lo que equivalía a falta de autoridad. En una palabra: se estaban riendo de él. Su enfado debió ser proporcional a la sensación de fracaso, como prueba esta carta reproducida por R. Olaechea, de septiembre de 1764: «Este monarca no ve sino a disgusto la presencia del Sr. Aranda en la Corte, y jamás le dirige la palabra. Todo el mundo le vuelve la espalda, y a él mismo no se le ve más

66. Que el asunto era político y que Aranda pretendía vengarse lo comprendió Superunda, quien en su alegato escribió que el conde llegó al Consejo con «el dictamen inconsiderado que había esparcido desde el ejército de Portugal contra la gloriosa defensa que hicieron las armas de V. M. en La Habana» y que si a él «le incluyó en esta causa con notorio exceso y nulidad», fue por «el deseo con que la emprendió el conde de Aranda de hacerla ruidosa». Gómez Urdáñez, J. L., «Víctimas…» En su desesperación, Aranda escribió a Grimaldi: «Si yo fuera el rey, perdonaría lo más grave a los reos, pero a Cevallos, Vegaflorida y Craywinkel los pusiera donde no se paseasen. Perdona y manda a tu amigo». Aranda a Grimaldi, 9 de febrero de 1765, BNE mss 20269-48.

que en casa de Grimaldi, que lo recibe siempre de la misma buena forma, le consuela y conversa familiarmente con él»[67]. Luego, más sereno, Aranda acabaría por comprender la jugada: «Para ir a Valencia no hubo más motivo que quererme echar de Madrid», dirá a su amigo Múzquiz años después[68].

En otro lugar hemos narrado el desarrollo del proceso y hemos insistido en la condición altanera y represora de Aranda, que invocó nada menos que las Partidas como fuente de derecho y justificación de su mano dura. Con todo, Aranda tuvo que pasar la prueba de verse contrariado constantemente, pues no logró nunca el voto unánime y perdió la última y decisiva votación. Jorge Juan votaba regularmente en contra, salvo cuando la prudencia recomendaba transigir, aunque pidiendo siempre aminorar las penas. En la votación sobre la pena de muerte para Superunda, Juan pidió solo arresto de dos años, lo que equivalía a la absolución teniendo en cuenta la situación del reo, postrado en cama –había sufrido varios ataques de alferecía– e incapacitado incluso para declarar (dejó a Ensenada encargado de su rehabilitación)[69]. Cuando ya se habían dictado las penas, Aranda todavía pidió votar a la junta «si se debía asegurar más o no el arresto a los reos». La votación merece ser transcrita tal cual: «dijeron los señores Excmo. Sr. D. Jorge Juan que no; Sr. D. Diego Manrique que sí; el Sr. marqués de Simply que sí; el Sr. duque de Granada que no; el Sr. conde de Vega Florida que no; el Sr. marqués de Cevallos que no; el Sr. presidente que sí»[70]. Era el último acto. Aranda, perdedor, ya sabía que la sentencia que el rey iba a ratificar el 4 de marzo de 1765 solo contemplaba penas de destierro y que, contra su parecer, nadie seguiría en prisión. En su frustración, quizás reparó en que la falta de pan y la

67. Olaechea Albistur, R., «Contribución al estudio…, p. 18. Grimaldi era el perfecto cortesano capaz de fingir con cualquiera. Luego, por detrás, era un tipo temible. En esto se le parecía mucho Roda. Aranda era lo contrario: un bocazas, imprudente y previsible, al que engañaron todos. Con razón el jesuita padre Luengo, que juzgó bien a este conde soberbio y altanero como «hombre que ha servido la voluntad e intereses de otros, que lo han manejado», decía, como conclusión: «¡Infeliz conde de Aranda! Toda su vida la ha pasado agitado por la ambición de mandar y nunca ha podido lograrlo sino por poco tiempo, y a costa de hacerse esclavo de unos hombres de una esfera muy inferior a la suya». *Ibid*., p. 84.

68. Olaechea Albistur, R., y Ferrer Benimeli, J. A., *El conde…*, p. 51 y ss. La carta, de 21 de abril de 1767, está recogida en A. Ferrer del Río: *Historia del reinado de Carlos III*, Madrid, 1856, t. II, p. 55.

69. El nuevo testamento de Superunda está firmado por Ensenada –como el anterior– y por el fiel amigo Ordeñana, que moriría un año después. Ochagavía, D., varios artículos de los años 1956 a 1962, todos digitalizados en Dialnet.

70. Gómez Urdáñez, J. L., «Víctimas…».

subida de los precios se estaban haciendo insoportables para los madrileños, que no ocultaban su desprecio por Esquilache[71].

Terminado el proceso, Jorge Juan volvía de nuevo a Almadén, en abril (para regresar luego a Madrid, una vez más), y Aranda se iba a Valencia. Terminaba así la actividad que puso al sabio alicantino más cerca de la política *sucia*, pues *sucio* fue aquel tribunal en torno al cual se forjaron odios y amistades duraderas que aflorarían justo al año siguiente, tras el célebre motín contra Esquilache y la *fermentación*, en forma de premios, castigos y venganzas. En efecto, la primera víctima de los triunfadores fue de nuevo el *jefe*, el marqués de la Ensenada. Y como en 1754, algunos de sus amigos correrían luego la misma suerte, o peor.

En el destierro de Ensenada el 19 de abril de 1766 es evidente la mano vengativa del duque de Alba y de un resentido conde de Aranda, ahora triunfante imponiendo el poder militar sobre un Madrid abandonado por el Rey y por el gobierno, que tampoco le querían en Aranjuez (por lo que de nuevo estaba lejos de donde se componían verdaderamente las decisiones políticas)[72]. Quizás ésa es la razón de la ambigüedad de las órdenes para desterrar a Ensenada, de la imprecisión del castigo regio y los motivos, alimentados exclusivamente por rumores. Durante días no estuvo claro ni siquiera el destino del desterrado, que a juzgar por la correspondencia entre el embajador Ossum y Choiseul, habría ido a Valladolid, «a divertirse», y luego «fijó su residencia en Medina». En vez de escoltado por los guardias como cuando fue «en derechura» a Granada doce años antes, ahora Ensenada había salido de Madrid en la carroza del conde de San Saturnino, en cuya casa se hospedaba. Tanto extrañaban las noticias en la embajada francesa que Choiseul le decía a Ossum que el rey estaba «curieux» de saber el motivo del destierro del marqués[73].

---

71. Soubeyroux, J., «Le motín de Esquilache et le peuple de Madrid», *Cahiers du monde Hispanique et luso-brésilien*, 31 (1978) pp. 59-79; Andrés-Gallego, J., *El motín de Esquilache, España y América*. Madrid, 2003, p. 305 y ss; López García, J. M. *El motín contra Esquilache*, Madrid, 2006; Gómez Urdáñez, J. L., «Ideas políticas y agentes del triunfo del Despotismo Ilustrado español, 1756-1766», *Revista de Historia Moderna y Contemporánea, HMiC*, Universitat Autonoma de Barcelona, nº 10 (2012), pp. 53-73.
72. Sobre sus solicitudes de ir a ver a Carlos III y las negativas que le transmitían sus ministros, en especial el *aragonés* Roda, véase Gómez Urdáñez, J. L., «Ideas políticas y agentes…». Hay varias cartas en AGS, Gracia y Justicia, leg. 1009, sobre las intenciones de Aranda de ir a besar la mano al rey cuando, en mayo de 1766, ya llevaba varios días en Madrid, pero sólo recibía disculpas. Tanto de Roda como de Grimaldi. Una vez más al terco conde se la estaban jugando: le dejaban sólo el papel de «ejecutor»; luego, él se atribuía todos los triunfos y los demás callaban.
73. Andrés-Gallego, J., *El motín de Esquilache*... p. 487.

Aranda siguió al frente de la capital, incluso dirigiendo personalmente, a caballo, algunas operaciones por la noche y ejecutando penas en la plaza Mayor para escarmiento de los sediciosos, que seguían actuando a pesar de que el conde había puesto espías por todas partes[74]. Todavía veremos a Aranda, en junio, hablar con el padre Isidro López quien, como era público desde hacía muchos años, era íntimo de Ensenada, con quien vivió largas temporadas; menos conocido es que era también director espiritual de la madre del conde[75]. Afecto como era a los jesuitas, Aranda confesó al padre López que sentía «que éste y otros asuntos hieran a la Compañía», quizás porque ya intuía que Campomanes iba orientando la investigación de los culpables a un «cuerpo religioso» antes que a autores concretos, pues podía aparecer alguna grandeza de España entre los instigadores y molestar mucho a Carlos III[76].

Pero además de buscar religiosos culpables, Campomanes tuvo tiempo para vengarse de otro de los implicados en la *fermentación*: Luis José Velázquez, marqués de Valdeflores, amigo de Jorge Juan desde su encuentro en Cádiz en 1755. En octubre, eran detenidos este erudito miembro de la Real Academia de la Historia y de la Amistosa Literaria de Jorge Juan, así como otros dos grandes ensenadistas, el abate Gándara y Lorenzo Hermoso, los tres, amigos de Pini, el ayuda de cámara del rey que les habría favorecido en sus intrigas en torno a la Corte, y de Isidro López, que seguía muy activo como procurador de la provincia jesuítica de Madrid, a la vez que acompañaba al marqués tanto como podía. En el destierro de Valdeflores se veía la mano de Campomanes, «su mortal enemigo, en cuyas manos había acabado

74. Gómez Urdáñez, J. L., «Ideas políticas y agentes…» La red de espías la mantuvo luego cuando fue presidente del Consejo de Castilla, destinando ya una partida al efecto, entre 60.000 y 70.000 reales, según le decía Múzquiz a Ventura Figueroa, cuando le sucedió al frente del Consejo. Múzquiz a Ventura, San Ildefonso, 17 de agosto de 1773. AHN., Estado, leg. 6437.

75. En su entorno familiar se respiraba afecto por la orden ignaciana, empezando por el padre Isidro López, también amigo de Aranda, y siguiendo por un hermano que la piadosa madre había tenido fuera del matrimonio, también jesuita, y por primos y demás familia, incluso un santo, el también jesuita San José Pignatelli. Aranda, en fin, que fue alumno de los jesuitas en Parma, bautizó a su hija con el nombre de Ignacia y a su nieto con el de Luis Gonzaga. Olaechea, R. y Ferrer Benimeli, J. A., *El conde de Aranda, Mito…,* p. 208 y ss. Ferrer Benimeli, J. A., *José Pignatelli (1737-1811), la cara humana de un santo*. Bilbao, 2011.

76. Giménez López, E.*, Y en el tercero perecerán: Gloria, caída y exilio de los jesuitas españoles en el siglo xviii*, Universidad de Alicante, 2002; del mismo, «El antijesuitismo en la España de mediados del siglo xviii», en Fernández Albadalejo, P. *Fénix de España, Modernidad y cultura propia en la España del siglo xviii (1737-1766)*, Madrid, 2006, p. 291.

por caer»[77]. A Gándara le tenían todos un odio particular, pues gozaba de acceso al rey desde que le conoció en Nápoles, donde comenzó a escribir los *Apuntes sobre el bien y el mal de España*; el abate conocía bien al personal de la Corte, en especial a Roda, el que le sucedió en Roma en la Agencia de Preces y cuyo despacho en Madrid frecuentaba. Conocido por sus constantes intrigas y su locuacidad, el nuncio Pallavicini decía de él: «Pocos cerebros habrá tan volcánicos, y pocos espíritus menos sacerdotales que el que ha mostrado Gándara»[78].

Era éste un juego cortesano muy tortuoso, más sucio aún, quizás demasiado para el carácter de Jorge Juan, que en esos momentos sólo quería salir de Madrid e instalarse en Cádiz, como le pedía al ministro Múzquiz, en septiembre. «Le escribo repitiéndole el que me diga si me deja ir allá o no; pero en fin, séase como quiera, marcharé cuanto antes luego que me responda»[79]. Y en efecto, fue escuchado, pues Arriaga le envío a Cádiz, donde estaba ya el día 8 de noviembre de 1766, habiendo pasado antes por Cartagena. Como en el destierro de los ensenadistas de 1754, Jorge Juan tampoco estaba en Madrid cuando cayeron Ensenada, Gándara, Hermoso y Valdeflores, pero aún le esperaba otra sorpresa: el destino definitivo, Madrid, «donde quería S. M. que tuviera su principal residencia». Cumpliendo órdenes, el marino estaba en Cádiz «empaquetando su librería» para emprender el viaje a Madrid cuando le llegó la orden de Grimaldi, una asombrosa noticia, pues el ministro amigo de Ensenada le hacía nada menos que embajador en Marruecos[80].

¿Qué pudo pensar Jorge Juan? ¿Era un castigo como el que sabía que habían sufrido Ensenada y algunos ensenadistas? ¿Era una venganza de Arriaga a quien entre Múzquiz y él le habían ocultado el proyecto de construir un navío en Génova?[81] ¿Era, por el contrario, un premio de Grimaldi, amigo de Ensenada, que quería hacerle *excelentísimo* y obligarle a cambiar de aires, conocida su mala salud? Grimaldi le escribió el 10 de noviembre de 1766 y le trataba ya de «Excelentísimo amigo» ¿Era una señal? El ministro de Estado le decía que desde que estaba en el ministerio no había habido ningu-

77. Olaechea Albistur, R., «Contribución…». Sobre Valdeflores, véase Abascal, J. M., Die, R. y Cebrián, R., *Antonio Valcárcel Pío de Saboya, conde de Lumiares (1748-1808),* Madrid-Alicante, 2009, pp. 32 y ss.
78. Olaechea Albistur, R., «Contribución…», p. 83.
79. Alberola Roma, A. y Die Maculet, R., *Breve noticia*…, p. 89.
80. El diario del viaje, en BN, mss. 10.913, 46-139.
81. Baudot Monroy, Mª, «La imagen de Julián de Arriaga como secretario de Marina. Algunos testimonios», en Martínez Shaw, C. y Alfonso Mola, M. (Dirs.), *España en el comercio marítimo internacional (siglos xvii-xix). Quince estudios.* Se puede acceder a través de http://uned.todoebook.com. Véase también Alberola Roma, A. y Die Maculet, R., *Breve noticia*…, p. 88.

na vacante que pudiera ofrecerle, pero que teniendo que nombrar embajador en Marruecos, se había acordado de la Marina, «el cuerpo que estaba algo olvidado, que era el más importante a los intereses de la Monarquía y que creería conveniente que S. M. prefiriese un marino para esta comisión»[82].

Tras el viaje marroquí, que puso a Juan de nuevo ante «salvajes»[83], Juan ya no volvió a «meterse en política». Su salud se resintió; volvieron los cólicos convulsivos y, una vez más, Juan buscó «estarse en su rincón», es decir, estudiar y escribir. Fruto de ese alejamiento es el *Examen Marítimo*, la obra publicada en 1771, considerada en toda Europa un libro avanzado en ingeniería naval, su obra maestra[84]. Con todo, seguía escribiendo informes sobre cualquier materia, pues de todo le pedían los ministros, bien que usando siempre el cauce reglamentario, que pasaba por el bailío Arriaga[85]. De ello pondremos un ejemplo, que además da cuenta de la diversidad de conocimientos que había acumulado el marino. Se trata de un informe solicitado por Grimaldi a Arriaga, tras recibir noticias desde Londres por el príncipe de Masserano en carta fechada en 15 de junio de 1770, sobre la intención de «las dos provincias de la Carolina» de «enviar un cuerpo de más 2.000 hombres a fijar los límites del dominio inglés en aquella parte del mar del Sur señalada por el rey de la Gran Bretaña Carlos II, y que habían convidado a las colonias de Virginia, de la Nueva York y de Boston a formar establecimientos en el océano meridional para dominar la costa de la California»[86]. Grimaldi pasó el asunto a Arriaga, con la carta y recortes de «la gaceta» y éste a Jorge Juan, que contestó el 6 de agosto a su *jefe*. El dictamen de Juan es el siguiente:

> Este capítulo (en referencia al artículo de la gaceta) está expuesto en términos tan contradictorios, tan poco accesibles y mal comprendidos que no creo que merezca el menor crédito; a lo menos en pasar las intenciones fuera de los límites del río de Movila, u del Missisipi. Es cierto que Carlos II, rey de Inglaterra, hizo en 1663 donación a varios lordes del país de la Carolina, desde las costas del mar Atlántico hacia el Oeste hasta la mar del Sur; y aunque esta infundada o ilegítima donación pudo hacer grandes progresos en Nación tan activa, lo fragoso del país inundado de aguas, con

82. Alberola Roma, A. y Die Maculet, R., *Breve noticia*…, p. 91.
83. Gómez Urdáñez, J. L., «El ilustrado Jorge Juan, espía y diplomático», *Canelobre*, 51 (2006), pp. 107-127.
84. Alberola Romá, A., «La publicación del Examen Marítimo y la reedición de las Observaciones Astronómicas. Las dificultades de un científico en la España del siglo xviii», *Canelobre*, 51 (2006), pp. 179-195.
85. Martínez Almira, M., «América en los informes de Jorge Juan», *Canelobre*, 51 (2006), pp. 129-153.
86. La carta y los recortes de periódico, así como el informe de Juan, en AHN, Estado, leg. 3025, 20.

> lo inaccesible de sus montañas, apenas los permitió llegar a la provincia que cita de los cherokees, aunque después de haberles franqueado éstos su amistad, de suerte que pasados 60 años vieron por experiencia la imposibilidad de mayores adelantamientos y volvieron a vender de nuevo el país al rey. El río que se cita de los Cusatees y supone que va a evacuarse a la mar del Sur y por donde ha de navegar la supuesta expedición creo que sea figurado por el gacetero, porque lo primero no se encuentra en mapa alguno, ni aun de los ingleses, y aunque lo haya, será alguno de los cortos que por precisión evacua en el río Missisipi o la Movila, y por consiguiente en el seno mejicano y no en el mar del Sur. No solo tuvieron que atravesar para esta empresa el primer río de estos, cuyo nacimiento está a 46 grados de latitud, sino también el del Norte, próximo al reino de Méjico, que igualmente llega a la misma latitud. Es imposible, pues, que de los cherokees puedan descender por el río a la mar del Sur; y si a esto añadimos lo agrio del país por más de 400 leguas, se verá que toda su empresa había de reducirse cuando más a limitar su país desde los mismos cherokees, donde ya tienen fuertes por la Reveras (sic) abajo del río Missisipi hasta el mar.
>
> Lo mismo se debe entender de las propuestas que han hecho a los de Virginia y Nueva York para emprender lo mismo. La mala ilación del gacetero se entiende después hasta confundir las tales expediciones de tierra con los viajes hechos por el cabo de Hornos, de suerte que se deduce claramente que solo puede extenderse el proyecto si fuera cierto cuando más a lo expuesto arriba. Es cierto, sin embargo, que si se hacen nuevas plantaciones en los confines de la Luisiana, no pueden sernos ventajosas, pero si no pasan de los límites que les corresponden, no pueden estorbarse[87].

Como siempre, terminaba su carta secamente, sin las expresiones de finura y afecto que eran normales, incluso entre personajes tan raros como el oscuro bailío Julián de Arriaga, retirado del mundo siendo ministro hasta su muerte, y un alexitímico como Jorge Juan, al que ya sólo le quedaba recibir, como un honor, el cargo de director del Seminario de Nobles tras toda una vida sirviendo al Estado, esa máquina peligrosa, como pudo comprobar en su persona y en la de sus amigos. Murió el 21 de junio de 1773 en su casa de Madrid y fue enterrado en la iglesia de San Martín. No debe de ser ninguna casualidad que sus restos fueran depositados luego en la bóveda de la capilla de Nuestra Señora de Valvanera, la patrona de los riojanos, cuya cofradía en Madrid seguía presidiendo honoríficamente el marqués de la Ensenada desde su destierro en Medina del Campo. Tampoco es casual que la lápida que pusieron en la bóveda tuviera una inscripción que instaba a España a llorar la

87. *Ibid.*

pérdida de Jorge Juan, «asombro de aplicación, verdaderísimo compatriota, *víctima del Estado*, del interés público y del Reino»[88].

Es obvio que el subrayado de *Víctima del Estado* es nuestro. Como hemos podido comprobar, no fue la única, ni mucho menos la peor tratada en ese espacio político que le tocó vivir al sabio, «el igual de sus subalternos, el amigo de sus criados»[89].

88. Alberola Roma, A. y Die Maculet, R., *Breve noticia*…, p. 100.

89. Así le llamó Benito Bails, director de Matemáticas de la Academia de San Fernando, quien publicó un *Elogio del jefe de Escuadra*…, que acompañaba la edición de sus *Principios de Matemáticas*, en 1776. Alberola Roma, A. y Die Maculet, R., *Breve noticia*…, p. 106.